

FUNCIONES PSÍQUICAS DE LAS MARCAS CORPORALES*

Margarita María Valencia
Valencia**

Resumen

Este artículo presenta los resultados de la investigación *Funciones psíquicas de las marcas corporales*, que interroga el significado del auge de tatuajes, escarificaciones y *piercings* en adolescentes y jóvenes, con el fin de esclarecer el estatuto del cuerpo en la contemporaneidad. A partir de un reconocimiento de los cambios de estatus que el cuerpo ha tenido a través de la historia y las culturas, se indaga, con ayuda de las teorizaciones psicoanalíticas sobre lo corporal y la adolescencia, acerca de las funciones psíquicas particulares de dichas prácticas y su alcance simbolizador.

Palabras Clave: subversión libidinal, cuerpos psíquicos, adolescencia, tatuajes, funciones psíquicas, simbolización, cultura contemporánea, gestión de lo pulsional.

* Resultado de investigación *Funciones psíquicas de las marcas corporales* en el marco de la Maestría en Investigación psicoanalítica de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia).

** Psicóloga. Licenciada en Educación. Magister en Investigación psicoanalítica. Co-investigadora del *Grupo de investigación sobre juventud*, Universidad de Antioquia, (Medellín-Colombia).

PSYCHIC FUNCTIONS OF BODY MARKING

Abstract

This article shows the results of a research titled *Funciones psíquicas de las marcas corporales* (Psychic Functions of Body Marking) that analyses the tattoo, scarification and piercing boom in teenagers and young people. Its aim is to elucidate the body statute in our days. From the acknowledgment of the changes in status of human body throughout history and in different cultures, we investigate the special psychic functions of those practices and their symbolic implications, by using some psychoanalytical theories about body image and adolescence.

Key words: libidinal subversion, psychic bodies, adolescence, tattoos, psychic functions, symbolization, contemporary culture, drive management actions.

FONCTIONS PSYCHIQUES DES MARQUES CORPORELLES

Résumé

Cet article présente les résultats de la recherche appelée *Fonctions psychiques des marques corporelles*, qui s'interroge sur la signification de l'essor des tatouages, scarifications et *piercings* chez des adolescents et des jeunes, afin d'éclairer le statut du corps dans l'actualité. On s'interroge- à l'aide de théorisations psychanalytiques sur le corporel et l'adolescence- sur les fonctions psychiques particuliers de tels pratiques et sa portée

symbolisatrice, à partir d'une reconnaissance des changements de statuts du corps à travers l'histoire et dans les différentes cultures.

psychiques, adolescence, tatouages, fonctions psychiques, symbolisation, culture contemporaine, gestion du pulsionnel.

Mots-clés: subversion libidinale, corps

Recibido: 25/02/10 Evaluado: 01/05/10

Aprobado: 10/05/10

La proliferación de tatuajes y *piercings*¹ en adolescentes y jóvenes² de nuestro medio, se ha venido tornando en motivo de preocupación y asombro, y ha dado lugar a múltiples estudios. La difusión de estas prácticas en otras ciudades del mundo ha llegado a ser algo habitual y cada vez más masivo; la gente discurre con soltura por el espacio urbano con la piel curiosamente revestida de tinta y acorazada por aritos metálicos. Al compartir este asombro llegamos a preguntarnos si acaso esta forma de realizar las marcaciones corporales (aquellas que se llevan a cabo mediante heridas, cortes, quemaduras y punzones en la piel) está poniendo de presente una nueva relación del sujeto contemporáneo con su cuerpo.

El cuerpo no existió siempre ni como elemento que diera cuenta de la individualidad de los hombres ni tampoco como concepto. En las culturas premodernas el hombre tenía una imagen de sí mismo indisociable del cuerpo y en continuidad con la comunidad, la naturaleza y el cosmos (Le Breton, 1990). En la Modernidad se configuró la representación anatomo-fisiológica del cuerpo por cuenta de los paradigmas médico y biológico, según la cual el cuerpo es una figura objetiva con un funcionamiento mecánico y autónomo, cuyas partes y procesos se pueden conocer exhaustivamente e intervenir según las necesidades (Corbin, 2005). Surgió así la noción de un cuerpo escindido del hombre y desprovisto de subjetividad (Gantheret, 1971).

¹ El vocablo en inglés *piercing* es un adjetivo que significa: agudo, penetrante, y proviene del verbo *perce* que significa: agujerear, taladrar, punzar, picar, apuñalar, penetrar, afectar. En la escritura de esta investigación se emplearon indistintamente los términos *piercing* o *perforación*, en razón del uso generalizado que la gente hace del vocablo en inglés para referirse a la perforación de la piel en la cual incrustan una joya o se cuelgan aritos en algún material metálico.

² El término "juventud" comúnmente usado para referirse a una condición etárea (en la ley colombiana de los 14 a los 26 años) acaba confundiendo con el de "adolescencia", por cuanto ésta, en nuestra época, tiende a prolongarse. La "adolescencia", que designa más bien los procesos psíquicos ligados a cambios pulsionales específicos, tiende pues a estar cada vez más presente en todos los individuos de esta edad, incluso en los jóvenes mayores.

Con el nacimiento del individuo moderno la corporalidad cambió de valores, la expresión de su condición humana se volvió asunto de la vida privada, la mirada adquirió preponderancia, y tuvo lugar la invención y promoción del rostro. El cuerpo pasó al primer plano de las preocupaciones, y la representación que las personas se empezaron a hacer de éste pasó al orden de la posesión o pertenencia. También devino en el elemento clave del individualismo marcando la diferencia entre un hombre y otro. El cuerpo se convirtió en el crisol o caldero de la diversidad, en el lugar de expresión de la libertad de los sujetos y de la materialización de los límites a desafiar, en un terreno de búsqueda y expresión de todo lo posible (Le Breton, 1990).

Un aliento para mantener esta intuición de un cambio profundo de la relación del sujeto con su propio cuerpo nos vino de la hipótesis que propone Colette Soler al observar que en la actualidad cultural “[...] algo ha empezado a cambiar en la economía de las pulsiones y en la gestión de los cuerpos que [le] es solidaria” (Soler, 2001:8).

Las prácticas de marca en el cuerpo son tan antiguas que se remontan, posiblemente, al origen de la cultura. Para las sociedades iletradas, las marcas en el cuerpo tienen un gran valor simbólico que regula la vida de los pueblos y la relación de las personas con los dioses y los demás miembros de la colectividad. En ellas, una de las funciones básicas de la marca en el cuerpo es la iniciación de los púberes en la vida adulta. En el mundo occidental y con el desarrollo de la modernidad, el tatuaje comenzó a practicarse, ya no con las formalidades de una institución social sino como costumbre de grupos populares y marginales en búsqueda de reivindicación e individuación social (Le Breton, 2002). A partir del declive del siglo XX ha habido un incremento de la marcación del cuerpo, y especialmente del tatuaje, que se ha generalizado en la población juvenil sin la justificación de antaño. Este resurgimiento se presenta en la época del acrecentamiento del individualismo, la oferta y el consumo, el ritmo de vida vertiginoso, la sobrevaloración de la apariencia y la moda, el culto a la juventud inseparable del culto al cuerpo (Le Breton, 2005).

No obstante para comprender más cabalmente el recurso y consumo que los jóvenes están haciendo de las marcas corporales, para develar su sentido, estimamos que no es suficiente la mera constatación de la nueva condición cultural de sus prácticas sino que es preciso apreciarlas en función de sus condiciones y motivaciones psíquicas inconscientes. Estamos convencidos de que las marcas corporales son una resultante de

la entremezcla de una “lógica” intrapsíquica con la “lógica” intersubjetiva (o socio-cultural); por esta razón los tatuajes y las cicatrices adquieren *funciones* particulares con efecto en la economía psíquica, en razón de la resonancia que ellos, como elementos simbólicos y corporales, operan en los procesos inconscientes.

Significación y vínculo subjetivos con el cuerpo desde la concepción psicoanalítica: subversión libidinal y cuerpos psíquicos

Desde los momentos inaugurales del psicoanálisis, y mediante muchos otros importantes hallazgos posteriores, los nuevos conocimientos sobre la intervención de los procesos psíquicos inconscientes han permitido descubrir nuevas dimensiones del cuerpo, que no están contempladas en la visión que sobre él tienen los saberes médicos y biológicos de la modernidad (Gantheret, 1971).

La definición freudiana del concepto de pulsión marca una línea de frontera y de articulación entre los procesos psíquicos y los somáticos. Freud (1915b) enfatizó en dicho concepto la fuente somática, pero también expresó su agnosticismo sobre la posibilidad de conocer dicho terreno, por cuanto se salía del campo de la psicología. Más allá de esta duda de Freud se puede situar mejor el lugar de lo corporal en la pulsión, gracias al concepto de apuntalamiento. Sobre la base de la satisfacción del “cuerpo de la necesidad” se produce en la cría humana una ganancia adicional, se instala el “cuerpo erotizado”, substrato de la emergencia del “cuerpo-síntoma” propio de la histeria (Assoun,1997). En el desarrollo del psiquismo, la pulsión se instala en su trabazón con el cuerpo biológico del niño a través de la sexualidad introducida por la vía de los significantes enigmáticos que vienen del adulto, convirtiéndolo en un cuerpo erógeno (Laplanche, 1987; Dejours,1989).

Desde la clínica psicoanalítica se pone de presente que la pesada materialidad del cuerpo biológico es “trascendida” de múltiples formas por la influencia de los procesos sexuales inconscientes. Todas estas “subversiones libidinales” (Dejours, 1989) o “transubstanciaciones” del cuerpo material, todos estos “segundos cuerpos” psíquicos, no son de la misma naturaleza, no son comprensibles con los mismos conceptos de la metapsicología freudiana.

El cuerpo pulsional le plantea requerimientos a la vida anímica, muchos de los cuales no son simbolizables y se traducen en angustia. En el cuerpo síntoma encontramos un cuerpo que expresa y a la vez enmascara el conflicto psíquico, conflicto cuya etiología es de carácter sexual. En la histeria, con la simbolización sintomática, el cuerpo mismo deviene un símbolo mnémico (Freud, 1895e), pero que hace caso omiso de la anatomía objetiva, y se orienta de acuerdo con una anatomía imaginaria (Freud, 1888b).

La vivencia inicial de un cuerpo fragmentado y pulsional, mediando una nueva acción psíquica (Freud, 1914e:74), se resuelve con el narcisismo, estado intermedio entre el autoerotismo y la relación de objeto, en el cual se ha accedido a un yo-cuerpo unificado. Por su parte, la representación unificada del cuerpo mediante la imagen (Lacan, 1936-49; Dolto, 1984) tampoco está garantizada, por cuanto ella no es inamovible ni cerrada. Constituida a partir de la identificación, alimentada en el transcurso de la vida por otras identificaciones y sujeta a los cambios libidinales del individuo, es una imagen con mucha labilidad y plasticidad (Dolto, 1984), cuyas múltiples posibilidades no dejan de ser atractivas para el sujeto.

En últimas, a lo largo de las teorizaciones psicoanalíticas encontramos que la noción de “cuerpo psíquico” no es unívoca. Las exigencias pulsionales, el narcisismo, la configuración de la instancia yoica, indican que la manera como el cuerpo psíquico se manifiesta no es homogénea, si bien tampoco es fortuita. El “cuerpo psíquico” se concreta así en distintos niveles de complejidad, elaboración o simbolización: desde una “manifestación corporal” fragmentada (correspondiente al cuerpo autoerótico-pulsional que reaparece en el cuerpo-síntoma) hasta “manifestaciones” integradas por la catexia narcisista, la identificación especular a una imagen global o la representación psíquica del esquema corporal (Schilder, 1935).

Nuestra conjetura al respecto es que esa multivocidad teórica responde a la complejidad y diversidad de los resultados efectivos de la subversión libidinal que se opera en el cuerpo biológico, a partir del apuntalamiento.

Ahora bien, ¿cómo esclarecer, con estos conceptos, las particularidades y cambios de la relación con el cuerpo en el sujeto adolescente, quien principalmente construye y padece la cultura contemporánea?

El adolescente y su relación con el cuerpo

Las particularidades de la adolescencia muestran a un sujeto en una crisis aguda, en razón del cambio sustancial de sus propios referentes, empezando por el cuerpo mismo. La nueva realidad biológica y física junto con el embate de lo pulsional hacen emerger un cuerpo con nuevas formas y potencialidades, que condiciona las transformaciones psíquicas adolescenciales. El investimento de los cambios corporales que trae la pubertad reaviva los lazos incestuosos que el adolescente debe abandonar-conservar para acceder a la posición de sujeto adulto, y lo empuja a elaborar la pérdida del cuerpo conocido de la infancia, de los objetos de amor, de las representaciones de sí mismo, y de su mundo interior, que también ha dejado de ser el mismo.

La emergencia de la nueva realidad corporal no sólo conduce al duelo por el cuerpo infantil (Aberastury & Knobel, 1970:146 y 154), sino que desprende grandes montos de angustia y de excitación que, al desbordar las capacidades de elaboración psíquica, no tienen más camino que la mera descarga. En ese sentido, dicha realidad es la base de la acción motora directa, de muchos de esos comportamientos típicos que le dan salida al exceso. Así mismo, el recurso a las marcas corporales representa, para muchos adolescentes y jóvenes, una manera de silenciar la excitación (Birraux, 2005:47-50), o de simbolizar el desprendimiento de los padres (Le Breton, 2005). El cuerpo en el adolescente, además de ser un espacio de amortiguación y defensa contra la angustia, de responder a la búsqueda de control de sí mismo, también es el campo de batalla de una identidad en vía de construcción, y por eso es objeto permanente de ensayos (Le Breton, 2005). El cuerpo puede ponerse entonces a funcionar más como el lugar de unos límites a desafiar que como algo que dé cuenta de las fronteras como sujeto. Pero el adolescente, desde la exigencia interna que se le plantea de representarse y apropiarse del cuerpo que le ha cambiado, siempre está traspasado por un *sentimiento de extrañeza* (Levy, 2007:365) que además de embargarlo a él mismo, también está presente en la mirada que los otros le devuelven. Así pues, la mirada, que ha sido crucial desde la constitución del sujeto en la infancia, continúa siendo un componente muy importante en el reconocimiento de sí y en la realización del sentimiento de existir en la adolescencia.

Con todo, aunque se presente la sensación de extrañeza por el cuerpo propio, aunque sea un desconocido que el adolescente tiene por conquistar, a la vez es el único nexo tangible que él tiene con el mundo (Le-Breton, 2005:594). De allí que en la

búsqueda por tener un “sí mismo” y afirmar el sentimiento de existencia, la fabricación de una imagen propia pase tantas veces por el decorado del cuerpo que fácilmente capta la mirada de los otros. La apariencia cobra una gran relevancia en el encuentro con los demás y se constituye en una primera forma de “socialización” con el grupo de pares, no exenta de una gran tiranía (Le-Breton, 2005:594).

La elaboración de los duelos del proceso adolescente implica así una tarea de reordenamiento, luego de la de-construcción efectuada en las representaciones de sí mismo y de los otros, que habían sido su haber desde la infancia; implica una creación de otras representaciones que den cuenta de los cambios acontecidos en su mundo interior, en su relación con los objetos, en el cuerpo que emergió desde la pubertad con una inusitada intensidad pulsional, con nuevas formas y potencialidades (Levy, 2007:364-365). Este proceso es muy complejo porque el movimiento de reordenamiento de las representaciones responde a una desligazón simbólica originadora de angustias, las cuales son en ocasiones, como ya se ha señalado, muy específicas y severas. El reordenamiento psíquico puesto en marcha en el adolescente apunta, pues, a construir una imagen de sí, indispensable en la conformación de su nueva identidad subjetiva, a proporcionar un equilibrio pulsional y narcisístico en el cual se reconozca en la existencia, en sus objetos y en su cuerpo. Se podría decir, entonces, que en la adolescencia se asiste a una reedición del proceso de apuntalamiento y subversión libidinal practicado en la infancia.

Las funciones psíquicas

Los ejemplos disponibles de marcas corporales son numerosos si no se discriminan en función de su fuente de origen: relatos clínicos de psicoanalistas (Reisfeld, 2004; Vautherin-Estrade, 2007), relatos literarios (Capote, 1965), medios masivos (Internet, televisión, cine, video).

Para analizar este material, en cada ejemplo se han tenido en cuenta los detalles de la marca como tal, algunos aspectos del contexto y de la personalidad del tatuado, así como los pronunciamientos del propio sujeto y las interpretaciones de otros analistas. Al proceder de esta manera seguimos, en cierta forma, el ejemplo de Freud en *El Moisés de Miguel Ángel* (1913I), donde acude a la observación minuciosa de los rasgos expresivos

de la escultura, al conocimiento sobre algunas particularidades del artista, su obra y el contexto para proponer la conjetura de la representación del héroe en franca renuncia pulsional. Nuestras conjeturas, como las de Freud, se apoyan principalmente en este tipo de *indicios*, sin desaprovechar el recurso a algunas verbalizaciones de los sujetos cuando fue posible tener acceso a ellas.

La observación y análisis del material nos ha mostrado cierto “estilo promedio” de las prácticas corporales contemporáneas. En este sentido también seguimos el modelo que Freud desarrolló en *El porvenir de una ilusión* (1926g). Este estudio, a nuestro modo de ver, ilustra una manera posible de poner en relación el plano cultural colectivo con el plano de lo inconsciente. Allí Freud no parte de la representación religiosa ni del discurso de un individuo concreto sino que parte de la concepción religiosa “promedio” de una comunidad, identifica sus contradicciones, para luego tratar de entender estas últimas como efectos de elementos inconscientes.

Por esta vía llegamos a darnos cuenta que las funciones psíquicas de los tatuajes pueden estar, en unos casos, en relación con el contenido representacional o, en otros, pueden ir más allá de su contenido figurativo. De hecho, para ciertos individuos el significado figurativo o representacional del tatuaje que solicitan hacerse no es lo que les interesa, y se acogen a cualquier motivo que sugiera el tatuador o modificador corporal. No obstante, si la significación consciente de esos signos que solicitan plasmar en su piel es indiferente, de todos modos ellos son una “enunciación”, toman valor de mensaje, al producir un efecto en la mirada del otro y también en la consideración de sí-mismo, y por lo mismo tienen funciones en el plano inconsciente y en el social.

Al agrupar y ordenar los ejemplos de acuerdo con la función o aspecto psíquico más sobresaliente, es posible identificar diversas series o categorías de marcas corporales.

Corroboramos, en primer lugar, que ciertas marcas corporales se relacionan con alguna identificación o con un modo de confirmar la identidad³ o con la pertenencia grupal. Al asimilar algún rasgo de otra persona, o al identificarse con algún ideal, aparece la elección de portar un tatuaje o alguna otra marca alusiva que exprese de manera

³ La noción de identidad, a diferencia del concepto de identificación abordado por Freud en diferentes momentos de su obra, no aparece como un concepto psicoanalítico oficial. Aún así, la identidad es un interrogante constante en la literatura psicoanalítica sobre la adolescencia, tanto como lo ha sido la problemática de las identificaciones cuya reorganización encara el proceso adolescente (Ladame, 1999:405).

contundente dicha incorporación. Algunos tatuajes certifican adhesiones a grupos, al marcar la piel se da a entender que se ha optado por un camino de no retorno en la creencia, afinidad o simpatía que se tenga con el ideal. Ellos marcan la elección que no se quiere o no se puede abandonar, en tal sentido: "La relación del sujeto portador de la inscripción con la inscripción [... da] la idea de que no se quiere regresar de la posición que se asume o que no se le permite al otro regresar de la posición en la que se lo ha colocado al imponerle un determinado tatuaje" (Pelento, 1999:286).

Las marcas y los distintivos en el cuerpo entran a hacer parte de la identidad; en el caso de los tatuajes estos constituyen un suministro narcisístico fuerte, un investimento positivo de la representación que el sujeto tiene de sí mismo, que da identidad. Algunas de estas marcas corporales, además, suelen ir acompañadas de una experiencia "espiritual" o existencial, comparable a la de los ritos de paso, a la que se adjudican importantes consecuencias personales.

Según algunos autores, este tipo de tatuajes puede responder a una semiotización propulsada por diversos vínculos sociales: alienantes o impuestos (como puede ser el caso en una situación política genocida o en un acto violatorio) o configuradores de pactos (de naturaleza social, antisocial o sectaria) (Pelento, 1999:288).

Una segunda serie de tatuajes contiene registros mnémicos de duelos y otros eventos importantes; su motivo más frecuente es la pérdida de seres queridos. Esto nos puso sobre la pista de una posible contribución del tatuaje al trabajo de duelo. En efecto, la historia del tatuaje muestra que la función de ese signo dérmico en el duelo no es inédita, que desde tiempos inmemoriales los pueblos iletrados se valían del tatuaje como expresión externa del dolor psíquico por la pérdida de un pariente. No obstante, el análisis circunstanciado de algunos tatuajes contemporáneos, en los que se representan las pérdidas, permiten pensar que dichas inscripciones, al menos en estos casos, se quedan a medio camino entre dos extremos: uno, entre la elaboración y la simbolización sintomática, como liberadora del conflicto de representaciones; el otro, entre la reliquia y el objeto fetiche, como marca que evoca la pérdida pero también la deniega.

En una tercera serie de marcas, en cambio, se revela como más relevante una cierta forma de satisfacción pulsional, adictiva y masoquista. Si bien estos últimos ejemplos muestran una peculiar forma de auto-afirmación narcisista, estimamos que con ellos nos topamos más claramente con la gestión de la dimensión pulsional.

En síntesis, según nuestro examen, en la actualidad los signos dérmicos sirven en gran medida:

1. Para marcar una individualización y una posesión de sí, vagamente ligada a ciertas complicidades con comunidades (más o menos "flotantes" o difusas, según los casos).
2. Para constituir un archivo o un registro conmemorativo (el cumpleaños, la ruptura amorosa, el logro de un proyecto, la pérdida de un ser querido),
3. O bien para intentar dominar fuerzas pulsionales desorganizadas y desorganizadoras.

Para concluir

En el vaivén entre los análisis del material y las reflexiones teóricas, llegamos finalmente a la hipótesis de que el uso que los sujetos contemporáneos hacen de su corporalidad no escapa a las diferentes "lógicas" o modalidades de corporalidad a través de las cuales se expresa la subversión libidinal del cuerpo biológico. Si se ha constituido el embelesamiento narcisista (es decir, el nivel más elaborado de "corporalidad psíquica"), el cuerpo da pie a las dudas o convicciones sobre el propio sentimiento de existir, a las reivindicaciones identitarias, a la movilidad de las catexias de la imagen corporal que nunca se fijan en una completitud imaginaria. De acuerdo con una modalidad intermedia de esa lógica corporal, las marcas se corresponden, en cambio, con expresiones sintomáticas que simbolizan o encubren los conflictos o que tratan de liberar tensiones y malestares. Pero, en cambio, en un nivel de corporalidad más alejado de la organización narcisista e imaginaria, cuando las excitaciones no alcanzan una suficiente elaboración o simbolización psíquica, el cuerpo se convierte en mero material de descarga de la angustia; en un cuerpo pulsional no ligado, tal vez determinado por "auto-erotismos anti-narcisistas"⁴ (Jeammet, 1989), que empuja hacia expresiones más "primitivas", hacia "satisfacciones" extremas, dolorosas, mecánicas.

⁴ Jeammet toma el término "anti-narcisismo" de F. Pasche (1965), para plantear que desde un comienzo el autoerotismo contribuye al desarrollo del yo y de su narcisismo. Oponer un autoerotismo "pro-narcisista" con respecto a otro "anti-narcisista". En el primero se da una erotización positiva del niño, en el que la mirada y los cuidados maternos cumplen una función libidinizada, ligadora. El otro autoerotismo pasa por una relación desobjetalizada que hace que sea negativo y destructor; en dicha modalidad la introyección y el pensamiento no están ligados a los objetos, y son sustituidos por la búsqueda de sensaciones y estimulaciones somáticas (muchas de ellas dolorosas) que hacen las veces de objeto y le permiten al sujeto sentirse existir pero en una dimensión mortífera.

En resumen, en estas distintas formas de gestión pulsional pueden verse las expresiones de las diversas experiencias seductoras de contacto corporal tenidas en la infancia, las que, a su vez, son la base de la experiencia de la propia subjetividad y afectividad. El cuerpo entonces, como lo muestran las prácticas de marcación, puede prestarse como soporte o superficie de inscripción de escrituras diversas en las que el yo, el deseo y la pulsión se ubican diferentemente: ya sea disociando la letra y la erotización, o bien estableciendo una función mediadora con relación al objeto perdido, o al desbordamiento pulsional.

Sin embargo, la eficacia de las marcas corporales en la construcción de la identidad, en la elaboración de duelos, o en la ligazón de lo pulsional, nos ha parecido muy limitada en el contexto del adolescente. Aunque algunas marcas corporales analizadas mostraron ser un intento por poner a funcionar el cuerpo como mediador entre el mundo interno y el mundo externo, difícilmente ellas aseguran las fronteras del sujeto. En la actualidad el Yo del joven no parece estar identificado con su cuerpo desde el momento en que le es indiferente preservar las cualidades de este último. El cuerpo ya no es parte del Yo y éste tiene que hacer del cuerpo otra cosa para poder ser Yo, para tener un sentido de la existencia.

En algunos de los casos estudiados, aunque las marcas parecen contribuir a la tramitación y simbolización de algunas mociones pulsionales y de algunos contenidos psíquicos conflictivos, su rendimiento tramitador finalmente no es suficiente, pues frecuentemente recurren a un deslizamiento metonímico, a un consumo tan repetido e incontrolado que pareciera no existir más límite para agregar marcas que la extensión finita de la superficie corpórea. De incrementarse esta tendencia, los tatuajes, escarificaciones y perforaciones tan sólo llegarían a ser, en última instancia, lo que son: manchas, quemaduras y agujeros en la piel (Díez, 2009).

La función general de las marcas corporales es entonces la de tratar de suplir la insuficiencia de la encarnación del sujeto. El recurso al cuerpo se ha transformado en un mecanismo sustitutivo que intenta reemplazar en sus funciones a otros medios simbólico-culturales, a otros medios psíquicos, o sea, a los elementos y mecanismos que en la infancia aseguraron la subversión libidinal del cuerpo biológico.

Aunque sea necesario desarrollar todavía la reflexión sobre las vías de interacción o de determinación recíproca entre el plano psíquico y el cultural, nos atrevemos a

concluir que en la contemporaneidad asistimos a un cambio en el estatuto del cuerpo, en la relación que los sujetos, particularmente los adolescentes, establecen con éste y en las funciones posibles de las marcas practicadas en él. Si bien la apariencia personal se ha convertido en un instrumento indispensable para construir una individualidad, el ensañamiento con la imagen que demanda el realzamiento de la identidad pone de presente que el cuerpo ha dejado de ser un soporte suficiente de ellas. El cuerpo se ha convertido en un terreno de búsqueda y en el crisol de una inmensa variedad de expresiones posibles, en un escenario propicio para el desafío de los límites, pero en realidad se ha convertido en campo de una pseudo-libertad cada vez más coartada por los imperativos culturales en boga. El cuerpo actual, sobrecargado por la artificialidad de las marcas, exhibe a un sujeto sólo en apariencia liberado de ataduras.

Al estar sujeta al juego diferencial de los signos (Baudrillard, 1980) la cultura contemporánea pierde su eficacia de simbolización, y hace perder al cuerpo su estatuto de objeto sexual-carnal o de soporte estable del Yo, para convertirlo en mera materia moldeable sujeta al diseño.

En este sentido, el cuerpo refleja un patrimonio mnémico, se convierte en monumento y documento, no solamente de la historia de las relaciones del niño con el adulto, en cuanto lugar electivo en el que se experimenta y se asume la subjetividad, sino también de las condiciones de la cultura.

Referencias bibliográficas

- Aberastury A. & Knobel M. (1970) *La adolescencia normal - Un enfoque psicoanalítico*. México, Paidós, 1999.
- Assoun, P. (1993) "El cuerpo. El Otro metapsicológico", en: *Introducción a la metapsicología freudiana*. Buenos Aires: Paidós, 1994, pp 231-258.
- _, (1997) *Lecciones psicoanalíticas sobre cuerpo y síntoma*. Buenos Aires: Nueva visión, 1998.
- Baudrillard, J. (1980) "La moda o la magia del código", en: *El intercambio simbólico y la muerte*. Venezuela: Monte Ávila, 2ª ed:1993, pp. 101-115.
- _, (1980) "El cuerpo o el osario de signos", en: *El intercambio simbólico y la muerte*. Venezuela : Monte Ávila, 2ª ed :1993, pp. 117-142.
- Birraux, A. (2005) *Le Corps Adolescent*. París : Bayard.

- Capote, T. (1965) *A sangre fría*. España: Bruguera, 1980.
- Corbin, A., Courtine, J., Vigarello, G. (2005) *Historia del cuerpo*. España: Taurus.
- Dejours, C. (1989) *Investigaciones psicoanalíticas sobre el cuerpo – supresión y subversión en psicósomática* (traducción de Antonio Marquet), México: Siglo XXI, 1992.
- Diez, M. (2009) “Tatuaje: La marca de una mancha”. Recuperado el 16 de enero de 2009, en <http://www.bahiamasotta.com.ar/bibliovir/Tatuaje.doc>
- Dolto, F. (1984) “Fragilidad de la adolescencia”, en: *La imagen inconsciente del Cuerpo*. Barcelona: Paidós, 3ª ed:1994, pp 269-275.
- Freud, S. *Obras completas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976-80, 24 vols.
- _, (1888b) *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas*, t. 1: 197-210.
- _, (1895e) *Proyecto de psicología*, t. 1: 339-446.
- _, (1913l) *El Moisés de Miguel Ángel*, t.13: 217-240.
- _, (1914e) *Introducción del narcisismo*, t.14: 71-98.
- _, (1915b) *Pulsiones y destinos de pulsión*, t. 14: 113-134.
- _, (1915g) *Duelo y melancolía*, t. 14: 241-255.
- _, (1919g) *Más allá del principio de placer*, t. 18: 7-62.
- _, (1920g) *Psicología de las masas y análisis del yo*, t. 18: 67-136
- _, (1923a) *El yo y el ello*, t. 19: 15-66.
- _, (1926g) *El porvenir de una ilusión*, t. 21: 5-55.
- _, (1927b) *Fetichismo*, t. 21: 147-152.
- Gantheret, F. (1971) “Observaciones sobre el lugar y el estatuto del cuerpo en psicoanálisis” (traducción Mauricio Fernández), *Nouvelle revue de Psychanalyse*. París: Gallimard, N°3, pp.137-146.
- Hartman, N., Petronacci, R. (1999) “Tatuaje, escenario de la violencia”, en: *Revista de psicoanálisis*, Buenos Aires, pp. 905-915.
- Jeammet, P. (1989) “Los cimientos narcisistas de la simbolización” (traducción Mauricio Fernández), en: *Revue française de psychanalyse* Vol 53, N°6, pp. 1763-1774.
- Lacan, J. (1936-49) “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en: *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1989, pp. 86-93.

- Ladame, F. (1999) “¿Para qué una identidad? O el embrollo de las Identificaciones y de su reorganización en la adolescencia” (traducción Marcos Thisted), en: *Psicoanálisis APdeBA*, Vol XXIII, N°2, pp. 405-415.
- Laplanche, J. (1987) “Fundamentos: Hacia la teoría de la seducción generalizada”, en: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989, pp. 93-151.
- Le Breton, D. (1990) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _, (2002) “Les marques corporelles dans les sociétés occidentales: histoire d’un malentendu”, en: *Signes D’identité. Tatouages, piercings et autres marques corporelles*. Paris : Métailié, pp. 23-62.
- _, (2005) “La escena adolescente: los signos de identidad” (traducción Mauricio Fernández), en: *Adolescence*. París: Esprit du Temps, N°53, pp. 587-602.
- Leivi, M. (1995) “Historización, actualidad y acción en la adolescencia”, en: *Psicoanálisis AP de BA*, Vol XVII, N°3, pp. 585-611.
- Levy, R. (2007) “Adolescencia: el reordenamiento simbólico, el mirar y el Equilibrio narcisístico” (traducción Noemí Haydée Ink de Vila), en: *Psicoanálisis*, Vol. XXIX, N°2, pp. 363-375.
- Pasche, F. (1965) “L’anti-narcissisme”, en: *Revue française de psychanalyse*, 5-6, pp. 503-518.
- Pelento, M. (1997) “Los tatuajes como marcas: ruptura de los lazos sociales y su incidencia en la construcción de la subjetividad individual y social”, en: *Revista de psicoanálisis*. Buenos Aires: 1999, LVI, 2, pp. 283-297.
- Reisfeld, S. (2004) *Tatuajes: una mirada psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- Schilder, P. (1935) *Imagen y apariencia del cuerpo humano: Estudios sobre las energías constructivas de la psique*. México: Paidós, 1989.
- Soler, C. (2001-2002) *L’en-corps del sujeto*. Barcelona: Publicaciones Digitales, S.A.
- Vautherin-Estrade, M. (2007) “Memoria en la piel, una piel para los recuerdos: Reflexiones en torno a un paciente adolescente”, en: *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, APdeBA, Año 1, N°1. Recuperado el 25 de abril de 2008, en: <http://www.apdeba.org/index.php?option=content&task=view&id=1262&Itemid=181>